

HA MUERTO UN CLÁSICO

No todos los días muere un clásico. Eso es lo que sucedió, el pasado 23 de enero, en París. Pierre Bourdieu moría, de un cáncer, a los 71 años de edad. Tras de sí nos ha dejado la que seguramente sea la obra sociológica más importante de la segunda mitad del siglo XX: una obra dispersa por decenas de libros y centenares de artículos que, ya desde los años sesenta, constituía una referencia indispensable.

Bourdieu se convirtió en un clásico muy pronto: en 1968, a la edad de 38 años, él ya había escrito, en colaboración con J.C. Passeron y JC Chamboredon, el texto que sería manual de cabecera de varias generaciones de sociólogos, El oficio de sociólogo. Poco después, en 1970, publicaría con Passeron el que sería libro de referencia de la sociología de la educación durante decenios, La reproducción. Pero estas obras tempranas ya habían sido precedidas por otras que le habían convertido en el sociólogo joven más conocido de Francia, desde su primera Sociología de Argelia publicada en 1958 hasta los distintos libros y artículos que siguieron en los años sesenta sobre Argelia, el sistema escolar, las estrategias matrimoniales o la cultura. Posteriormente, ya convertido en una figura intelectual de primera fila en la sociología mundial, Bourdieu seguiría incansable investigando y publicando, marcando hitos en la mayoría de los campos de investigación de la sociología: libros como La distinción (1979), El sentido práctico (1980) o ¿Qué significa hablar? (1982) marcan hitos para cualquiera que se adentre en la sociología del consumo y de la cultura, en la sociología del lenguaje o, más ampliamente, en la teoría sociológica y antropológica.

Esta inmensa obra supone sin duda, en su conjunto, la contribución individual más importante que se ha hecho a la sociología en las últimas décadas. Conceptos como habitus, campo o las distintas especies de capital forman parte del bagaje —aunque sea impugnado— de cualquier sociólogo contemporáneo. Signo de la importancia de esta obra: escribir sociología es, para muchos, escribir con o contra Bourdieu.

Esta importancia quizá se deba a su creativo sincretismo. Si hay algo que impresiona al estudioso de su obra, es precisamente eso: esta obra completamente personal y original es, al mismo tiempo, algo completamente tradicional. Su originalidad consiste en su virtuosismo para combinar la tradición sociológica —pero también, antropológica, filosófica, histórica— en un sistema a la vez nuevo y antiguo. Porque los elementos principales de la arquitectura teórica bourdieana ya estaban ahí —en Durkheim, en Marx, en Weber, en Parsons, en Merleau-Ponty...—, a la vez que cambian de forma en su fusión. A Bourdieu se le podría aplicar perfectamente su análisis sobre el virtuosismo: es el perfecto conocimiento de las reglas de juego del campo, incorporadas en un habitus, el que permite al virtuosista producir algo nuevo que ya estaba inscrito, como posibilidad, en el propio campo.

Pero si Bourdieu ha sido una referencia indispensable para muchos sociólogos del mundo entero, ello no se ha debido únicamente a su potencia teórica. Por-

que esta sociología era, y se presentaba como, “un deporte de combate”. Penúltima encarnación de la figura del “intelectual” que inventó Zola, Bourdieu fue lo más alejado de esa sociología “neutral” y pretendidamente “científica” que, en la época en que él comenzaba a escribir, se enseñoreaba desde Estados Unidos con sus funcionalismos estructuralistas y sus estadísticas. La sociología, dijo en una entrevista, no valdría ni un minuto de esfuerzo si fuera sólo un modo de conocimiento que no tuviera ningún efecto sobre la realidad social.

Este compromiso de Bourdieu no fue solamente una cuestión de activismos, manifiestos y declaraciones –en los que se prodigó especialmente en los últimos años, y que han provocado que, en la prensa francesa, la mayoría de las declaraciones sobre su muerte provengan de activistas de una miríada de movimientos progresistas-. Este compromiso es el terreno sobre el que crecieron sus escritos, sus objetos de investigación, sus conceptos. Intruso en un mundo dominado por “herederos”, provinciano en París, desclasado incómodo –para sí y para los demás-, este sociólogo ha producido una implacable obra de análisis de la dominación. Denuncia de la dominación de clase, de la dominación colonial o sexista. Pero también denuncia del mismo universo que le ha conferido sus “cartas de nobleza”: denuncia de la Cultura como forma de dominación de clase, de las legitimaciones “espirituales” de la explotación, del “racismo de los intelectuales” contra la “plebe” inculta. Este provinciano convertido en catedrático del College de France no ha dejado de comportarse y de sentirse como un intruso y de convertir esta visión “desdoblada” en el motor de sus análisis incómodos, de sus críticas e imprecaciones. Es este principio “estructurado y estructurante”, esta rabia mal contenida, el que –junto a su potencia teórica- nos ha seducido a todos los intrusos que, tras su muerte, seguiremos escribiendo con y contra Bourdieu.

Enrique Martín Criado